



por Ben Cappeller. Roma, 19 de marzo de 2020

Cuestionemos el significado y, sobre todo, las consecuencias que la pandemia de COVID-19 está trayendo consigo.

Por supuesto, evitaremos examinar tesis imaginativas, así como conspiraciones improbables e ingenuas y entre bambalinas, que, por ejemplo, ven la propagación del virus como un ataque a la economía china, en la perspectiva más amplia de la guerra entre los imperialismos, o como el virus se propagó por un "espectro" para llevar a cabo especulaciones financieras y bursátiles sin perturbaciones, y luego, tal vez, enriquecerse con la venta de la vacuna.

En primer lugar, el COVID-19 dice claramente cómo, en una sociedad globalizada, un virus que se propaga en una sola región de China en menos de dos meses puede convertirse en un problema mundial, una pandemia capaz de marcar la vida de los habitantes de diferentes continentes. De hecho, desde el punto de vista científico, todavía no se sabe con certeza si se trata de la misma cepa del coronavirus que se propagó en Europa que en China, o de una variante autóctona; en este punto, la información disponible no lo aclara, pero el hecho de que haya habido o no una mutación del virus no le quita nada a su capacidad de propagarse radicalmente por todo el planeta.

A partir de esta observación, lo más interesante es realizar un análisis de los mecanismos, claros y transparentes, que aplican los distintos Estados, en particular Italia, como "reacción" al virus y las consecuencias que pueden derivar de ello.

En primer lugar, los distintos países pueden reconocer tres tipos de enfoque. La china (seguida, con diferentes matices y tiempos, por ejemplo, por Italia, España, Francia y los Estados Unidos) basada en la segregación forzada de zonas enteras del país y con una regulación de la vida del propio país gestionada "por decreto" por la cúpula política. La de Corea del Sur, donde el uso de la tecnología y un componente de investigación muy sofisticado y extendido (además de invasivo...) ha permitido identificar y aislar sólo las zonas frecuentadas por los infectados antes de que entraran en cuarentena y, por lo tanto, no ha establecido límites reales a la vida social, sino que ha permitido a los propios habitantes gestionarla de forma saludable. Por cierto, en este país ha habido una de las proporciones más bajas entre muertos e infectados. El tercer enfoque es el de Gran Bretaña, donde el Primer Ministro señala descaradamente la necesidad de no poner límites al mundo productivo, financiero y comercial, en una palabra, no limitar el beneficio, y por consiguiente no oponerse a la propagación del virus, permitiendo a la población desarrollar anticuerpos de forma natural. Y no es malo que los sectores más débiles de la sociedad sean condenados a la muerte o al menos al sufrimiento. En resumen, una reedición del Darwinismo social tan querido por la derecha. Las fuertes críticas, por el momento, sólo han llevado a Boris Johnson a suavizar en la forma, no en el fondo, la línea del gobierno, pero la capitulación de su línea y la adaptación al modelo chino está muy cerca.

Examinemos el primer enfoque y veamos en detalle lo que está sucediendo en Italia. En primer lugar, surge una seria dificultad para manejar la información y sobre todo para saber "manejar" correctamente los números. Escuchando las noticias o, peor aún, haciendo búsquedas en Google, encontramos números, estadísticas y datos que lo dicen todo y lo contrario de todo. Y esto es un problema porque genera confusión: pasas de las visiones apocalípticas a las que te inducen a salir de casa inmediatamente porque el virus es inofensivo o "menos peligroso que la gripe de 1967...".

Luego, hay otros números que los administradores de la información (televisión o prensa o lo que sea) manejan con mucho cuidado: son los que se refieren a la atención de la salud. Por un lado, sólo podemos estar extremadamente agradecidos por el sacrificio con el que los médicos, las enfermeras y todo el personal sanitario están tratando esta emergencia. Se ven obligados a hacer turnos de 12 horas, a tener moretones en la cara por las máscaras que usan continuamente, a tener que usar pañales porque hay pocos trajes blancos desechables y no pueden permitirse cambiarlos para ir al baño. La información dominante no nos hace faltar informes y testimonios sobre el aspecto "humano", sobre el heroísmo italiano. Mucho menos, de hecho, sustancialmente casi por nada, se habla de por qué todo el personal sanitario se ve obligado a este enorme sacrificio. No se habla, pues, de por qué la mortalidad en Italia ha sido y sigue siendo mayor en porcentaje que en otros países afectados por el virus.

No se menciona por qué en nueve días, del 9 al 18 de marzo, la tasa de mortalidad aumentó en

dos tercios, del 5% al 8,3% de los infectados. La siguiente tabla muestra algunos datos procesados a partir de los números proporcionados por el "Centro de Recursos de Coronavirus" de la Universidad y Medicina Johns Hopkins. Suponiendo que los datos de las muertes de los iraníes puedan haber sido subestimados por el "régimen", la situación italiana es, sin embargo, la más alarmante.

Para responder a la objeción de quienes tienen más sensibilidad en el análisis de las cifras -si en Italia la tasa de mortalidad ha ido aumentando, considerando que los demás países europeos están "detrás" de nosotros con la propagación del virus, es legítimo esperar que cuando, a medida que pasen los días, incluso de ellos aumente el número total de infectados, incluso la tasa de mortalidad se alinee con la nuestra- basta con observar, por ejemplo, que España, a partir del 18 de marzo, tiene unos 13.900 infectados y una tasa de mortalidad del 4,5%. Italia entre el 11 y 12 de marzo tuvo sustancialmente el mismo número de infectados que los españoles, pero tuvimos el 6,7% de las muertes, casi un 50% más que la tasa ibérica.

Sin embargo, para completar el análisis, deberíamos al menos cruzar estos datos con la edad media de los habitantes de cada país, porque el virus aumenta su agresividad de forma no lineal con la edad de la persona afectada.

Sin embargo, no nos adentremos en este ámbito, ya que ello se alejaría demasiado del espíritu de este texto, que no es ni puede ser un artículo científico sobre el virus, sino que pretende hacer consideraciones sociales y políticas sobre el mismo. En resumen, necesitamos análisis estadísticos no para demostrar teorías científicas sino para corroborar consideraciones políticas.

Dejemos, pues, en segundo plano nuestra tasa de mortalidad como la más alta, o una de las más altas, del mundo; parece claro, sin embargo, que estamos pagando muy caro, en términos de vidas humanas, por más de veinte años de imprudentes recortes en la salud pública. Estamos pagando con el contagio de hasta 2629 trabajadores de la salud y la muerte de 14 de ellos habiendo permitido que la salud pública sea tratada como una margarita que se desprende un pétalo tras otro, en beneficio de la salud privada que ha obtenido enormes beneficios gracias al río de dinero público que terminó en los bolsillos de las Siete Hermanas de la salud privada - nombres conocidos (Carlo De Benedetti, Gianfelice Rocca, Giuseppe Rotelli, Giampaolo Angelucci) y menos conocidos (Ettore Sansavini, Emmanuel Miraglia, Maria Luisa Garofalo) - a los que se añade, indefectiblemente, la Gran Madre, la Iglesia Católica. La vinculación de muchos de estos nombres con Confindustria, Unicredit y editoriales (Corriere della Sera, La Repubblica, L'Espresso, Il Riformista, Libero) nos hace comprender cómo la sanidad privada es parte integrante del buen vivir de la burguesía italiana.

Recordemos, de paso, que todo comenzó en 1992, cuando el entonces Ministro de Sanidad Francesco De Lorenzo - sí, colega de Duilio Poggiolini - con la reforma que lleva vergonzosamente su nombre equiparó lo público y lo privado, abriendo las puertas de la sanidad pública a la voracidad del capital privado.

Queremos y debemos insistir en las responsabilidades políticas de la actual crisis sanitaria, en las responsabilidades políticas de un número tan desproporcionado de víctimas; además, debemos tener claro que serían muchas más si la casi totalidad de los operadores (médicos, enfermeros, etc.) no se sacrificaran para compensar las deficiencias injustificables de nuestra atención sanitaria. Baste decir que el Servicio Nacional de Salud, sólo en los últimos 10 años, ha perdido 8.000 médicos, 13.000 enfermeras y más de 70.000 camas. Además, el número total de plazas en cuidados intensivos que ofrece hoy el NHS ha descendido a 6,2 por cada 100.000 habitantes (a 8,5 si incluimos también las de los centros privados) mientras que en 1980 eran unas 20. Sólo para que quede claro, Alemania, hoy en día, tiene 35 por cada 100.000 habitantes y se ha fijado el objetivo de duplicar este número para hacer frente adecuadamente al Coronavirus...

¿Debemos añadir más para convencernos de que la salud es demasiado valiosa para dejarla en manos del soldado? ¿Entender que fue delincuente por parte de los gobiernos de centro-derecha y centro-izquierda hacer todo esto? Sólo en los últimos 10 años, ambos lados han recortado más de 34 mil millones de euros al Sistema de Salud Nacional...

Si procedemos al análisis de los mecanismos establecidos por el Gobierno para hacer frente a la emergencia, más allá de la retórica grosera de "todos juntos venceremos al virus", los hechos muestran claramente cómo el riesgo de infección se transmite a los trabajadores, y a los trabajadores en particular. Hemos hablado extensamente sobre los del sector de la salud y su sacrificio; consideremos ahora todos los demás, en particular los trabajadores. A pesar de la emergencia, la producción no puede detenerse, no sólo para el sector alimentario y las actividades estratégicas. A menudo los patrones no quieren gastar para garantizar la seguridad de los trabajadores; esto lleva a un "riesgo de huelga", con la paralización de la producción y por lo tanto de los beneficios. Para evitar esta eventualidad, Landini, con Furlan y Barbagallo, firmó el acuerdo Gobierno-Confindustria-Sindacati para intentar cortar las piernas a las legítimas reivindicaciones y protestas de los trabajadores en defensa de su salud y sus salarios.

Desde el punto de vista del mundo laboral, lo peor vendrá después de la emergencia sanitaria.

El cierre forzoso durante un largo período dictado por la emergencia llevará a la quiebra de varias empresas, artesanos y pequeños negocios con el consiguiente despido de todos los trabajadores. Muchos otros, probablemente, lograrán mantenerse vivos con el plan "Cura Italia", que proporciona ayuda a las empresas, mientras que para los trabajadores se espera un uso generalizado y generalizado del fondo de despido. El enorme número de personas que tendrán que recurrir a este amortiguador social llevará necesariamente a un vaciado de las arcas del INPS. Y como todas las cuentas, sobre todo las más saladas, ésta también, que es muy pesada, intentará hacerla pagar a los trabajadores: restablecer el INPS con nuevos aumentos de la edad de jubilación y una nueva reducción de la pensión.

Antes de concluir, es importante considerar un aspecto de "transparencia" en la gestión de emergencias de COVID-19. La dura lucha contra el virus ha sido llamada "guerra". No es una coincidencia que muchos jefes de gobierno y de estado (el Conde y Macron ante todo) utilicen este término de manera obsesiva. Después de la guerra contra el terrorismo, una nueva guerra estalló, afortunadamente para ellos, para que la unidad de la patria pueda ser llamada a salir victoriosa. Y en tiempos de guerra, no hace falta decir que nadie debe interponerse: el país no puede ser sacudido por ninguna protesta social, al contrario, para crear el espíritu de unidad nacional contra el "enemigo invisible", la llamada a cantar el himno nacional desde los balcones se agota...

Si antes de la emergencia generada por el virus la crisis capitalista (económica y ambiental) había encendido la protesta social (aunque en distintos grados) en los distintos países, el estallido de la guerra contra COVID-19 permite prohibir físicamente cualquier forma de protesta o manifestación, permite que todo el mundo sea relegado a sus casas, permite delegar las operaciones policiales al ejército; en definitiva, la paz social está garantizada por decreto, aunque la situación de los trabajadores es cada vez más sombría. La esperanza de los poderosos es que esta inacción, esta pasividad y este aislamiento sedimenten a la gente.

Por supuesto, esto no pretende en modo alguno subestimar los riesgos asociados a la propagación del virus, y mucho menos exigir una mayor libertad de movimiento de las personas. Sólo estamos haciendo las debidas consideraciones políticas sobre la realidad de los hechos.

Podríamos decir que COVID-19 ha explicitado, a nivel físico, la condición interior que caracteriza al hombre contemporáneo como perteneciente a la sociedad capitalista, es decir, su condición de soledad, aislamiento, fragmentación, alejamiento de los demás. Estos presupuestos motivan y explican, desde el punto de vista psicológico, el fenómeno de la desvinculación y el reflujo de la conciencia de clase de los asalariados y de los proletarios en

particular que ha marcado estos últimos cuarenta años.

Los marxistas revolucionarios, hoy más que nunca, deben llevar a cabo un duro trabajo a contracorriente, dirigido a conquistar la vanguardia más consciente del mundo del trabajo dentro de los sectores más combativos. Sólo así, una vez que las revueltas espontáneas, las huelgas y las protestas por la propagación y la radicalización de la crisis económica, amplificadas exponencialmente por la emergencia del virus, empiecen a estallar de forma desordenada, podrán trabajar para desarrollar un proceso de vinculación de las protestas, para su unificación en un movimiento insurreccional que podría adoptar un carácter revolucionario, que llevaría al derrocamiento del modo de producción capitalista y a su sustitución por un tipo de sociedad radicalmente opuesto, que tiene al "hombre" como centro y no al beneficio, una sociedad basada en la libertad y la igualdad social, en una palabra, la sociedad socialista.